

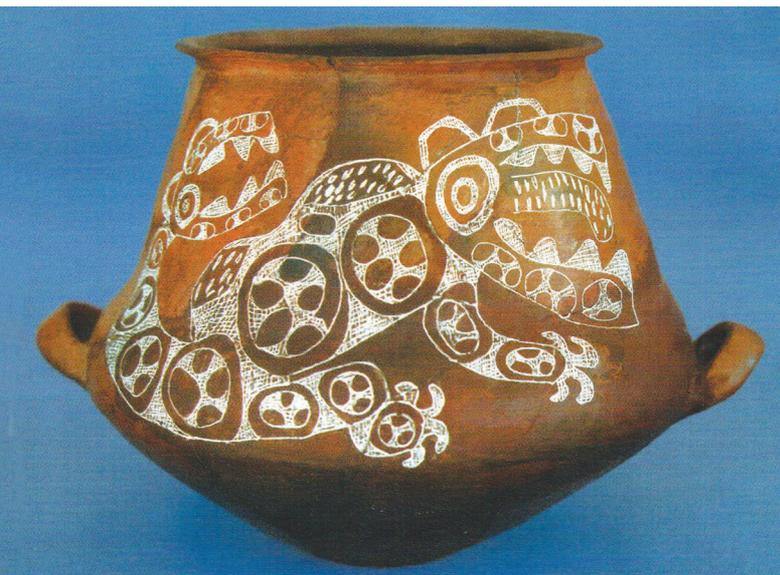
Hacedores de animales: cerámicas zoomorfas en colecciones arqueológicas del Museo



Ana Igareta
Romina Giambelluca
Guillermo López

Muchas culturas arqueológicas de nuestro país produjeron cerámicas con diseños de animales fantásticos y criaturas sobrenaturales que han atraído por años la atención de los arqueólogos. Pero las colecciones del Museo de La Plata muestran que existe también un abundante registro de representaciones naturalistas de fauna, piezas realizadas con tal detalle que en ocasiones permiten una identificación precisa del animal. A través del análisis de un pequeño conjunto de materiales, se muestra cómo la mirada zoológica genera información novedosa para la arqueología... incluso cuando lo que se estudia son animales modelados por el hombre.

El hallazgo de piezas cerámicas con representaciones de animales se encuentra bien documentada en todo el país, para una amplia variedad de contextos arqueológicos. En el área andina en particular, su presencia se remonta a sitios tan tempranos como el 2000 a.C., y se extiende hasta entrado el siglo XVI, y numerosas investigaciones han demostrado que su presencia se relacionaría con



1. Urna cerámica con un típico diseño Aguada que presenta la imagen de un felino cuya cola se encuentra rematada por una cabeza zoomorfa con dientes (Fotografía tomada de González 1998:187).

prácticas y creencias de diversa naturaleza simbólica.

Entre los varios miles de piezas en guarda de la División Arqueología del Museo de La Plata se encuentra el material de la Colección Samuel Lafone Quevedo, un conjunto célebre tanto por su potencial arqueológico como por la belleza estética de sus piezas. Quien fuera el segundo director del Museo reunió la colección que hoy lleva su nombre entre mediados de 1870 y fines de la década de 1910 en sus recorridos por el noroeste argentino, analizando entonces parte del material y presentando sus resultados en publicaciones académicas y de divulgación. En el curso de los siguientes cien años muchos arqueólogos se interesaron por estudiar las materias primas, composición, decoración y proceso de producción de esas piezas así como por entender el contexto en que fueron fabricadas y utilizadas.

Una parte importante de los trabajos se centró en los diseños e imágenes que exhiben y muchos autores llamaron la atención sobre la variedad de animales representados en las piezas cerámicas. Con frecuencia, las características de estos animales aparecen exageradas o deformadas, abundando también las representaciones que combinan en un único individuo los rasgos de especies diferentes, lo que hace que la imagen remita más a criaturas sobrenaturales que a ejemplares de fauna real. De hecho, el propio Lafone Quevedo llamó “draconiana” a la cerámica arqueológica que hoy conocemos como parte de la cultura La Aguada, dado que en sus diseños veía repetida la imagen de “*dragones o medusas, con cola de serpiente coral y pies de lagartija*” (Fig. 1).

Investigaciones posteriores propusieron, en cambio, que se trata de figuras de felinos representados con diversos grados de alteración y estilización, articulados con diseños de ofidios, camélidos, saurios y otros animales que, por diversos motivos, tenían un lugar de importancia en el universo simbólico y estético de los ceramistas. Pero la Colección Lafone Quevedo incluye además otro tipo de imágenes zoomorfas, hasta ahora menos estudiadas: se trata de pequeñas piezas de cerámica que reproducen con precisión naturalista las características de éstos y otros grupos de animales. En muchos



2. Dos apéndices provenientes de típicos “platos pato” incas (a). Nótese la diferencia entre aquellos identificados como representaciones de cabezas de patos (b) y avocetas (c). (Fotografías M. Hernández).

casos, el detalle puesto por su hacedor en la representación de los rasgos del individuo (tales como la ubicación de los ojos, la posición de las orejas o la forma de su nariz) hace posible una lectura zoológica del material arqueológico y la identificación del animal real representado.

La colección y sus “no miniaturas”

Una primera revisión de una muestra de 400 piezas cerámicas de la Colección Lafone Quevedo puso en evidencia que casi la mitad presenta diseños o decoraciones zoomorfas cuyos rasgos remiten a anfibios, reptiles, aves y mamíferos. Seis de estos elementos son piezas enteras y relativamente bien conservadas, recipientes de mediano tamaño en los que el animal aparece representado en su totalidad de la cabeza a la cola. Otras 131 son pequeñas figuras modeladas, fragmentos que formaban parte de objetos de mayor tamaño y en las que por lo general solo la cabeza y el cuello del animal aparecen representados. Mencionadas informalmente como “miniaturas” (la mayoría no supera los 6 cm de largo) se trata en realidad de apéndices tridimensionales que formaban parte de piezas de mayores dimensiones, con frecuencia a modo de asas, pero no constituyen miniaturas en el sentido estricto de la palabra ya que no son reproducciones a pequeña escala de objetos completos. Con diverso grado de detalle, todas presentan incisiones o apliques que sirven para definir las orejas, ojos, nariz, trompa, lengua, boca o pico y un tercio de las piezas muestra evidencia de algún tipo de ornamentación pintada, aunque es difícil determinar si en

el resto de los casos dicha pintura no existió o desapareció por completo. Cerca del 80% de los apéndices son huecos mientras que el resto es macizo, no detectándose relaciones significativas entre el uso de una u otra técnica y el grupo faunístico representado.

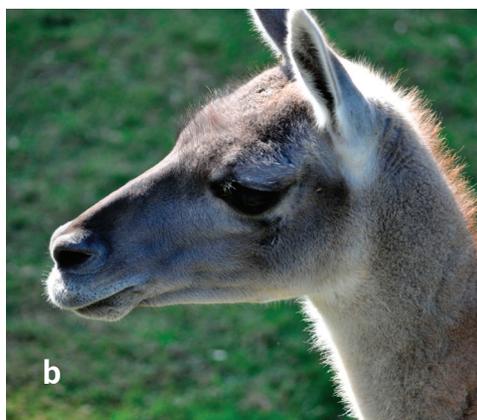
“Platos pato”

Al menos 75 apéndices provienen de piezas atribuibles a los estilos Ciénaga y La Aguada, dos culturas arqueológicas que se desarrollaron en el noroeste argentino entre el 100 y el 900 d.C, mientras que otros 30 se encuentran demasiado deteriorados como para permitir su identificación. El resto formó parte de “platos pato” incaicos, un tipo de recipiente cerámico de poca profundidad y excelente factura que se caracteriza por la presencia de un apéndice ornitomorfo cuyo hallazgo es habitual en sitios del siglo XV y comienzos del XVI (Fig. 2). Estos platos han sido muy estudiados a nivel arqueológico y sus rasgos son bien conocidos, por lo que nos limitaremos a mencionar que se trata de una representación estandarizada que, sin embargo, suele presentar ciertas variaciones de forma. Por ejemplo, los de la Colección Lafone Quevedo exhiben rasgos disímiles que permiten agruparlas en dos conjuntos. Mientras que 17 apéndices muestran una cabeza prominente y redondeada, con ojos laterales y pico recto, ancho y corto, con las narinas visiblemente marcadas, los 10 restantes representan a un ave de pico más largo, que se curva hacia arriba en el extremo y sin orificios nasales. Los rasgos del primer conjunto remiten genéricamente a especies de patos que habitaron y habitan toda el área andina, mientras que los del segundo

recuerdan, en cambio, a los de la avoceta (*Recurvirostra andina*), un ave acuática típica de las lagunas de la Puna que se caracteriza por poseer un pico largo y fino curvado hacia arriba. La gran longitud y menor grosor del pico de estas aves puede restar visibilidad a sus narinas, lo que podría explicar su ausencia en las representaciones cerámicas.

Haciendo animales

En principio, las piezas revisadas fueron clasificadas en dos grandes categorías de acuerdo al grado de detalle que mostraba el animal representado en lo que respecta al tamaño y posición relativa de sus ojos, orejas, boca y nariz, así como en la forma de su cuello y/o cabeza. En un primer conjunto se reunió a aquellas cerámicas que reproducen de modo preciso y sistemático los rasgos de un individuo al punto de permitir identificarlo a nivel genérico o específico. En un segundo grupo se incluyó a aquellas figuras cuya manufactura presenta detalles biológicos menos precisos y sólo pudieron ser asignadas a categorías taxonómicas más amplias.



3. Detalle de dos de las cerámicas que representan cabezas de camélidos e imágenes de ejemplares reales de cada especie. Guanaco (a y b) y llama (c y d). (Fotografías a y d: M Hernández; b: <http://www.freejpg.com.ar/free/info/100005706> y d: J. Tomasi).

Las piezas MLP-Ar-(v)4080 y MLP-Ar-(v)4083 de la colección son un notable ejemplo de representación sistemática de dos especies de camélidos. La primera corresponde a un individuo de cuello largo y relativamente grácil, hocico proyectado y ojos lateralizados identificable como un guanaco (*Lama guanicoe*), mientras que la segunda presenta un mamífero de rasgos semejantes pero cuello más robusto, hocico más corto y orejas prominentes, lo que permitió proponer que se trata de una llama (*Lama glama*). La cuidada manufactura de esta última incluso reproduce el diseño de del aparejo con que suele sujetarse el animal, lo que sumó a su identificación al dar cuenta de su carácter de animal doméstico. (Fig. 3)

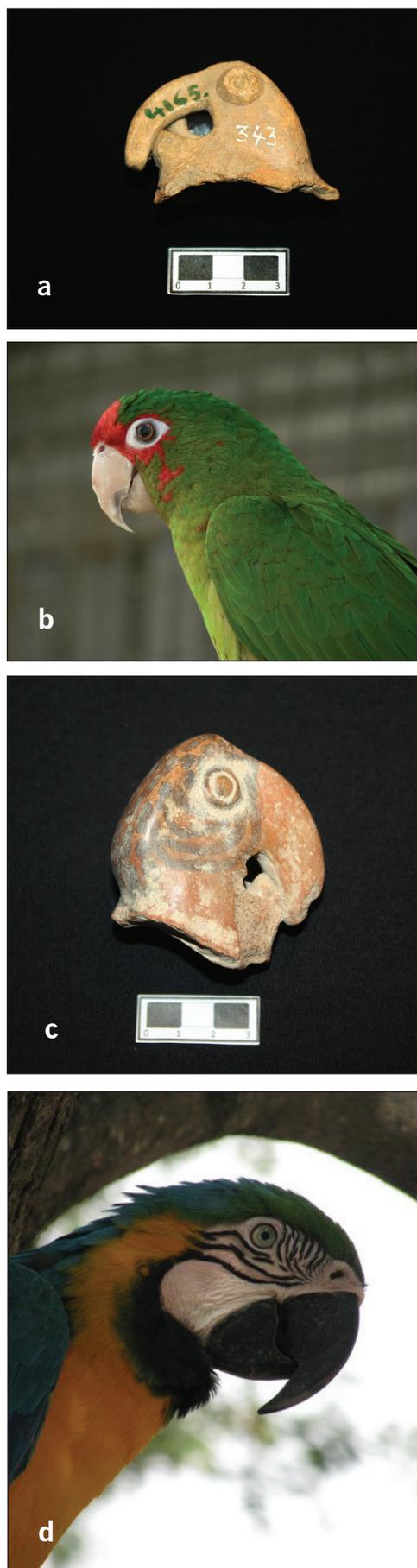
Otro caso de esmerada representación es el de la pieza MLP-Ar-(v)4158, que además corresponde a uno de los pocos apéndices en los que todo el cuerpo del animal –un ave– fue modelado. La silueta general, el detalle del ojo y la curvatura del pico permitió identificarlo como un tucán (*Ramphastos toco* u alguna otra especie de la misma familia). Resulta interesante señalar que si bien la pieza no es estrictamente realista en la representación de la longitud del pico del ave, ya que aparece más corto que en el animal

real, la cerámica reproduce con precisión la relación existente entre el tamaño de la cabeza y el pico, que es uno de los rasgos diagnósticos del grupo. (Fig. 4)

Un análisis en detalle de las figuras MLP-Ar(v)4165, 4825 y 4132 permitió observar sutiles variaciones entre estas representaciones ornitomorfos que inicialmente habían sido consideradas como muy parecidas. Los tres apéndices presentan la imagen de la cabeza de un ave con cuello ancho, ojos redondeados, lengua carnosa y pico curvado que excede la mandíbula, características todas propias de la familia de los psitácidos (loros y papagayos). Sin embargo, el ave de la pieza 4165 muestra un área periocular prominente (Fig. 5 a y b), intencionalmente destacada en sobrerrelieve, mientras que en las otras dos el ojo está delineado de modo inciso, en el centro de una leve depresión en bajorrelieve. La figura 4825 presenta una sucesión de líneas negras concéntricas pintadas que rodean al ojo y están ausentes en las otras dos imágenes. La presencia de un área periocular carnosa es un rasgo típico del calancate de cabeza roja (*Aratinga mitrata*), mientras que el diseño de líneas recuerda al de las plumas blancas y negras que rodean los ojos de muchos guacamayos, en especial

4. Una cuidada representación de cuerpo completo de un tucán realizada en cerámica y su homólogo real (Fotografías a: M. Hernández y b: <http://www.freejpg.com.ar/free/info/100002773>).



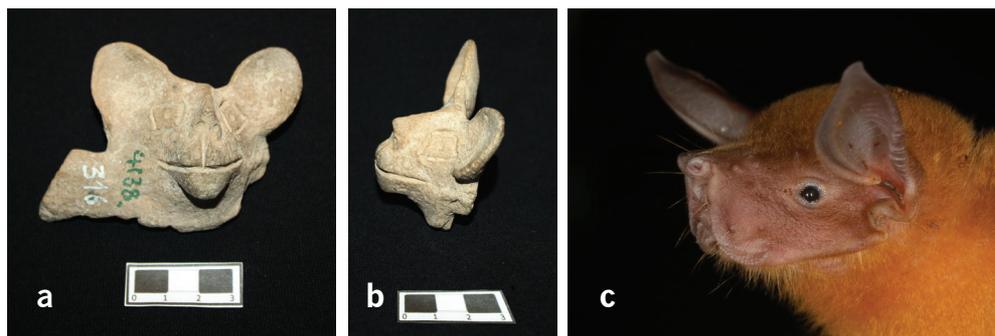


los del género *Ara*. Es interesante observar el énfasis puesto por los ceramistas en la reproducción en detalle de cada una de estas características (Fig. 5 c y d).

El análisis de la pieza MLP-Ar-(v)4138, fue particularmente interesante porque resultó ser la representación de un mamífero volador: la cerámica muestra con exactitud tres caracteres típicos de la cabeza del murciélago pescador (Familia Noctilionidae): labio superior hendido, orejas separadas y alargadas de forma tubular, y aberturas nasales alojadas en una placa nasal. El aspecto leporino de este animal deriva de un pliegue vertical de la piel del labio superior que lo divide por la mitad y que, sumado a unas bolsas de que dispone en las mejillas, le permiten almacenar alimento. Se trata de un rasgo inusual entre los murciélagos, lo que asegura que el individuo representado pertenece a una de las dos únicas especies de éste género (Fig. 6). A diferencia de otros mamíferos cuya imagen es recurrente en la iconografía andina, la representación de quirópteros en piezas arqueológicas de la región es poco frecuente, lo que hace que el detalle que muestra esta pieza resulte notable.

El último ejemplo que mencionaremos es la pieza MLP-Ar-(b)59, cuya identificación supuso un desafío particular, ya que no se basó en la observación directa de los rasgos del animal reproducidos en cerámica sino en la interpretación del criterio estético utilizado para representarlos. Por eso mismo debe ser considerada como una propuesta más especulativa que los anteriores, pero aún así se trata de una hipótesis lo suficientemente interesante como para mencionarla. Incluso sin evidencias de orejas, el apéndice en cuestión presenta los rasgos propios de la cabeza de un mamífero, incluyendo ojos frontalizados y hocico que se proyecta anteriormente. A ello se suman pequeñas perforaciones que cubren todo el contorno del cráneo y nacimiento del cuello del animal,

5. Un calancate de cabeza roja (a) y su correspondiente homólogo real en los que se observa un área periocular prominente (b). Guacamayo con un detalle de líneas alrededor del ojo (c) que recuerdan el diseño de las plumas de su homólogo biológico (d) (Fotografías a y c: A. Igareta, b: <http://www.lacasadecoko.org.es/imagesweb/Huespedes/patxi.jpg> y d: <http://en.freejpg.com.ar/free/info/100002107>).



6. Vista frontal y lateral del murciélago pescador realizado en cerámica (a y b) y su homólogo real que permite observar la simetría de rasgos (c). (Fotografías a y b: M. Hernández; c: <https://mbopi-paraguay.wordpress.com/murcielagos-de-paraguay/noctilionidae/noctilio-leporinus/>).

que fueron interpretadas como la representación de las púas que caracterizan al coendú o puercoespín sudamericano (*Coendou prehensilis*). Se trataría del uso de un rasgo negativo o deprimido para dar cuenta de un rasgo positivo, estrategia plástica destinada a resolver la dificultad de representar en cerámica a un animal con púas muy largas y finas (Fig. 7 a y b).

La cerámica como fuente de información ambiental

Dejando por un momento de lado los motivos –religiosos, estéticos, propiciatorios– que llevaron a la manufactura de estas piezas, su presencia brinda información tanto acerca del manejo de la cerámica que tenían sus hacedores como sobre ciertos aspectos del ambiente que los rodeaba. La precisión biológica que exhiben las figuras da cuenta de un contacto directo entre los ceramistas y los animales que les sirvieron como modelos, ya que ésta sería difícil de conseguir y de explicar sin una observación de primera mano de la fauna. Muchas de las especies identificadas en la muestra estudiada habitan desde hace varios miles de años en la región de la que proviene el material, y la recurrencia de su imagen en diseños arqueológicos de diferentes periodos se encuentra bien documentada. En cambio, otros grupos son propios de ambientes selváticos de zonas tropicales a subtropicales,

7. La curiosa silueta de la representación en cerámica de la cabeza de un coendú, con pequeñas perforaciones que representarían sus púas características, y su homólogo real (Fotografías a: A. Igarreta y b: G. Daniele).

como los que existen hoy en las yungas de Jujuy, Salta y el norte de Tucumán pero están ausentes en los lugares de Catamarca de donde provienen estas piezas. Así, resulta interesante considerar ¿en qué momento y de qué modo los ceramistas entraron en contacto con tales especies?

Existe un abundante registro arqueológico que indica que los habitantes del noroeste argentino tuvieron una relación fluida y



La Colección Lafone Quevedo reúne cerca de mil piezas enteras y varios miles de fragmentos cerámicos provenientes de las provincias de Salta, Catamarca, Tucumán y La Rioja. Como era habitual en la época en que fue reunida, las fichas de inventario del material solo registran su sitio o región de procedencia pero no su situación estratigráfica o contextual, por lo que en muchos casos la única información arqueológica disponible será la que proporcione la propia pieza. Los elementos cerámicos constituyen casi el 80% del total de la colección y exhiben una variedad de formas que incluye pucos, vasos, jarras, urnas, pipas, y pequeñas estatuillas; además, entre los fragmentos se destacan diversas morfologías de asas y apéndices zoomorfos y antropomorfos. En menor proporción, el conjunto incluye también artefactos líticos -puntas de proyectil, hachas y morteros-; objetos de metal -láminas, hachas y discos de bronce, dijes, cinceles y fíbulas-; piezas talladas en hueso, vidrio y conchas de caracol y una mínima cantidad de elementos elaborados en madera -cucharas-.

sostenida con grupos de la región amazónica desde 2500 años atrás y hasta fines del siglo XV. Entre las alternativas propuestas para explicar tal contacto puede estimarse que los ceramistas del noroeste que manufacturaron las piezas se desplazaron hacia zonas selváticas del este, donde entraron en contacto con los animales que luego les sirvieron como modelos. Una segunda posibilidad a considerar sería que ejemplares vivos de la fauna representada fueron transportados desde la selva hacia el oeste y que allí sirvieron de inspiración a los alfareros locales. Una tercera alternativa implicaría que, hace entre 1000 y 2000 años, la extensión de las yungas era mayor a lo que lo es en la actualidad y que los ceramistas y los animales que representaron compartieron un mismo ambiente en el actual noroeste argentino. El contacto cotidiano con dicha fauna habría contribuido para que los hacedores observaran y se familiarizaran con rasgos específicos de su anatomía, y pudieran luego reproducirla en detalle.

Esta última hipótesis resulta consistente con los resultados de investigaciones paleoecológicas que establecieron que hasta hace aproximadamente 1000 años la vegetación de la mencionada yunga se extendía más al sur, y que su distribución actual es resultado de una retracción provocada principalmente por cambios climáticos. La desaparición de la selva y la consecuente modificación de la distribución de la fauna asociada quedó plasmada en el registro zooarqueológico de la región. Si se tiene en cuenta que la mayor parte de la evidencia faunística recuperada

en sitios arqueológicos proviene de especies consumidas como alimento o utilizadas para la fabricación de abrigo y vestimenta, puede estimarse la importancia de disponer de un registro como este, que dé cuenta de la presencia de otros animales en dichos contextos. Así, la identificación en manufacturas cerámicas de especies propias de la yunga tales como tucanes, murciélagos y coendúes, para las cuales prácticamente no se conoce registro esquelético en contextos arqueológicos de la región, abre las puertas a una nueva perspectiva de análisis zoológico cuyo potencial apenas comienza a ser explorado.◆

Lecturas sugeridas

I. Gordillo y R. Raffino. 2010. La imagen del felino en la América Precolombina. Editorial GAC.

Dra. Ana Igareta
División Arqueología, Museo de La Plata, FCNyM, UNLP. CONICET.

Lic. Romina Giambelluca
División Arqueología, Museo de La Plata, FCNyM, UNLP

Dr. Guillermo López
División Paleontología Vertebrados, Museo de La Plata. FCNyM, UNLP